

Luis Alberto Heiremans

## Historia Clínica



CONTENDANDO el interrogatorio dijo llamarse Rosa. —Apellido —preguntó el médico sin señas de impaciencia en su voz, profesionalmente, como si aquello se hubiese repetido desde siempre. Sin embargo, esta vez, quizás como nunca antes, un silencio demasiado largo rompió la rutina exacta del interrogatorio y el hombre, alzando los ojos de sus papeles miró a la enferma con sorpresa. Al repetir la pregunta, su tono se hizo insistente: quería una respuesta. Pero la muchacha, porque no era más que una muchacha, permaneció muda. Empuñó las manos, se mordió los labios y en su mirada se concentró todo el miedo, la vivacidad y la desconfianza del animal que desea escapar.

—Vamos —rió casi para relajar la tensión—, ¿cómo te llamas?

—Rosa.

—Sí, eso ya lo sé; pero supongo que tendrás un apellido.

Por un instante trató de retener el sollozo que se dibujaba en su garganta; pero luego, ahogada, lo dejó escapar y, echándose sobre el escritorio, empezó a llorar con desesperación. El médico se irguió un tanto molesto. Todavía no atinaba a enfrentar estas situaciones. El llanto de los demás lo paralogizaba y, en cierta curiosa forma, no podía dominar un sentimiento de vergüenza, vergüenza por lo que estaba sucediendo. Trató de sobreponerse y, al hablar, su voz se hizo baja, mucho más suave, como si buscara el lugar vulnerable a través del cual podrían comunicarse.

—Vamos, no seas tonta. Cuéntame lo que te pasa.

Rosa seguía llorando con una angustia cada vez mayor. Se deshacía en llanto, se consumía, como si hubiese querido desaparecer. Había llegado el momento de tomar alguna determinación y el médico se levantó y, con mucha torpeza, cruzó hacia el lugar donde ella estaba. Le palmoteó la espalda una y otra vez, con un gesto infantil, indeciso, pero bien intencionado y al ver que Rosa no reaccionaba, comenzó a hablar, diciendo cualquier cosa. Esto obró el milagro: la una a través de sus lágrimas y el otro de su desazón, caminaron hasta encontrarse. Poco a poco la muchacha se fué tranquilizando y sus frases que en un principio se mezclaron a los sollozos, ahora se hicieron audibles.

—Es que... es que no soy casada, doctorcito.

—Y eso qué importa. No necesitas ser casada para tener apellido.

Rosa lo miró entonces, intensamente, como si lo viera por primera vez, y ahora sus ojos se inmovilizaron, ardiendo con todo el fuego que subió hasta ellos. Fué como si hubiese querido decirle: pero no comprende, pero nadie comprende entonces. Sin embargo, no se escuchó ni una sola palabra. En vez de hablar, rodeó su vientre con sus brazos, tal cual si quisiera protegerlo, hundió el rostro en su pecho y un largo quejido animal brotó de aquel cuerpo joven doblado sobre sí mismo y como erizado, defendido e indefenso a la vez.

El médico abandonó la pieza con premura. Fué sólo cuando estuvo en el corredor que tuvo clara conciencia de su acción y se sintió débil. La mañana había sido dura así como la noche anterior, sólo había dormido un par de horas. Esas eran las razones. Esas son las razones, se dijo y volvió a repetirlo; pero mientras avanzaba por el corredor supo que se estaba mintiendo. Pero los largos corredores de los hospitales, aquellos que comienzan y terminan en nuevos corredores, destruyen los sentimientos, los distienden, los hacen borrosos, y los médicos pueden así, regresar a la precisión de su trabajo. Por eso la calma volvió ahí y, después de algunos segundos, sólo pensó

en hacer transportar la enferma a la pieza de examen y descubrir lo que físicamente tenía.

La enfermera que fué a buscar a Rosa la encontró llorando todavía.

—Vamos, mi hijita, el doctor me mandó a buscarla. Pero qué es lo que le pasa. Cualquiera diría que es la primera mujer que va a tener guagua... Vamos, mire que hay mucho que hacer hoy día.

La ayudó a levantarse y se sorprendió al sentirla tan liviana. No pesaba más que un niño y en realidad de pie era mucho más baja de lo que uno podía haberla imaginado. Tenía las piernas cortas y y mucho más gruesas que el resto de su cuerpo que era fino y con cierta gracia en las líneas. Los brazos sobre todo estaban muy bien dibujados y sus movimientos eran armoniosos. Una vez que se hubo erguido, de inmediato las manos fueron a rodear la parte baja del vientre, como si temiera ver desprenderse todo aquello que le era tan extraño y desconocido. La enfermera rió, iba a decir algo, algo un tanto brusco y crudo sin duda por la expresión que llenó sus ojos; pero se retuvo.

—Andando —concluyó.

\* \* \*

Resultó ser un embarazo de nueve meses con síntomas de trabajo. Decidió dejarla hospitalizada y la hizo transportar a la sala. Ya era casi mediodía, hora en que partía y, por lo tanto, no tuvo ocasión de ir a verla. La recomendó a uno de sus colegas y tal vez no volvió a pensar en ella hasta la mañana siguiente.

Al pasar visita en la sala de las mujeres que todavía no habían dado a luz, se encontró con la mirada de Rosa. En la cama, la muchacha parecía aún más frágil y toda la expresión de su rostro se concentraba en los ojos negros, de mirada también negra. Sólo ellos parecían seguir existiendo; los otros rasgos adquirirían una irrealidad muy cercana a la de la muerte. Se notaba que había atravesado una noche larga y desesperada. Aún ahora se descubría en sus ojos el

inconmensurable esfuerzo que había debido efectuar para convencerse de que alcanzaría a ver el amanecer. El cuerpo estaba rendido y entregado, semejante a los que de vez en cuando arroja el mar sobre las playas. Pero su mirada pulsaba, llena de cosas, y la amarraba a este lado.

—Cómo, todavía no has tenido tu chiquillo.

—No, doctor —no era ella quien respondía sino la enfermera. Pasó mala noche. Dos veces la llevaron a la sala; pero no tenía dilatación suficiente.

—¿Latidos?

—Buenos.

Tomando la corneta de metal que la enfermera le alargaba, descubrió la enferma y aplicó el instrumento sobre la piel tensa del vientre. Lejanos, pero regulares y potentes, escuchó los latidos de esa otra vida que existía ahí adentro. Miró después a Rosa y le sonrió.

—Todo está muy bien, Rosa. No tienes por qué asustarte.

Pidió un guante de goma y mientras la enfermera iba a buscarlo, trató de hacerla hablar.

—¿Cómo te sientes, Rosa?

—Bien.

—¿Has tenido muchos dolores?

—Un poco.

El grito, casi un gruñido, de una mujer que ocupaba la cama contigua interrumpió el interrogatorio. Ella también estaba ahí desde la noche anterior y aun cuando se le veía cansada, su grito era siempre potente. Aquello nacía muy adentro y no traducía dolor sino una extraordinaria vitalidad, la furiosa, incontrolable determinación de que algo iba a nacer. Junto a ello, el silencio de Rosa parecía aún más dramático y anormal. El dolor, cuando llegaba, no la sorprendía, puesto que ya estaba vencida de antemano: parecía mucho más cerca de la muerte que de la maternidad.

—¡Rosal! —gritó el médico, adivinando todo esto y rompiendo el clima.

La muchacha lo miró con profunda indiferencia; pero en aquel instante su rostro se descoloró lentamente y la palidez persistió durante algunos segundos.

—¿Qué te sucede?

—Nada, un dolor, pero ya pasó.

En efecto, la piel recobró su coloración morena. Fué entonces cuando un súbito temor, quizás un miedo que la había asaltado varias veces durante la noche, vino a clavarse en sus ojos y le hizo una seña al hombre para que se inclinara.

—Doctor —murmuró en su oído—. Ud. cree que... que importará que no tenga marido, por la guagua quiero decir.

En ese momento la enfermera regresaba trayendo el guante y se detuvo sorprendida en la puerta. Doblado en dos, el médico estaba tan cerca de la enferma que los rostros casi se tocaban y en todo aquello descubría una intensidad tal de ternura que sintió vergüenza. Silenciosamente, como si hubiese cometido alguna mala acción, retrocedió y esperó en el pasillo.

—Contésteme, doctorcito.

—Qué quieres que te diga. Siempre es mejor tener un marido; pero si tú has perdido el tuyo...

—No lo perdí. No tengo marido.

La última frase dicha con rabia se quebró en un quejido. Los dolores comenzaban a ser más intensos y más frecuentes.

—Señorita —exclamó el médico—. Y el guante que pedí.

La enfermera apareció en la puerta y, sin sonreír, le pasó el guante.

\* \* \*

Pocas horas después Rosa dió a luz y pasó a la sala de las puérperas. Fué el mismo médico quien atendió el parto. Desde un comienzo supo que no iba a ser un parto normal y decidió dar anestesia para efectuar ciertas maniobras necesarias. Rosa no había opuesto ninguna resistencia. Se dejó desvestir y lavar como una autómatas y

no volvió a hablar ni a gritar; pero cuando vió llegar la mascarilla y el éter tuvo un movimiento de defensa.

—¿Qué pasa? —exclamó incorporándose a medias—. ¿Qué pasa...

El médico, la mitad de su rostro oculto por la gaza de la mascarilla, parecía un personaje irreal a los pies de la cama y Rosa se asustó al mirarlo. Luego pareció reconocer los ojos y volvió a insistir.

—Nada, no te asustes —respondió el médico—. Vamos a ponerte esto para que te duermas y no sientas dolor.

—No quiero.

—Rosa...

La enfermera le colocó la mascarilla y empezó a dejar caer el éter gota a gota. Reinaba un gran silencio en la pieza, un silencio en el cual la tensión no estaba ausente. Los ruidos del hospital llegaban estompados, logrando aislar ese pabellón, como si se irguiera en el medio de un desierto o estuviese suspendido en pleno aire. La luz que entraba por los vidrios pintados de blanco era lechosa, suavizaba los contornos y desmaterializaba objetos tan existentes como el lavatorio, las camas y un pedazo de cielo que alcanzaba a divisarse a través de un cristal no pintado. Todo ahí adentro se llevaba a cabo de acuerdo con una especie de rito: las personas envueltas en delantales blancos, los rostros cubiertos con mascarillas y las manos con guantes que no dejaban entrever relieves, se cruzaban sin jamás entrechocarse, como si el diseño de sus movimientos hubiera estado dispuesto de antemano. Casi no se hablaba y si alguien lo hacía, eran monosílabos los que rompían la quietud, palabras técnicas, nombres que sólo ellos comprendían. Toda aquella precisión resultaba fascinante, una ecuación bien resuelta, donde nada falta, donde nada sobra. Y la vida desordenada huía lejos de todo eso y corría a refugiarse en lo único que adivinaba real, en el cuerpo de Rosa, imperfecto y cargado, próximo a abrirse para dejar escapar aquello que en ella sobraba.

Rosa se irguió de pronto, gritando con fuerza. Su movimiento fué tan imprevisible que todos se paralogizaron durante un momento.

La mascarilla y la botella de éter volaron lejos y el olor del anestésico que hasta entonces se había difundido lentamente, inundó el pabellón al estrellarse la botella contra el suelo.

—Venga, venga, doctor, doctorcito...

—Vaya a buscar otra mascarilla —ordenó a la enfermera y luego dándose vuelta hacia Rosa, agregó—: Eso está muy mal, Rosa.

—Tengo que decirle algo.

Parecía muy agitada. La respiración era superficial y rápida, ella misma oscilaba entre el desvelo y aquel sueño del éter que recién comenzaba. Una extraña fuerza parecía poseerla y al hablar mostraba los dientes como un animal.

—Se llama Miguel, doctorcito.

—¿Quién?

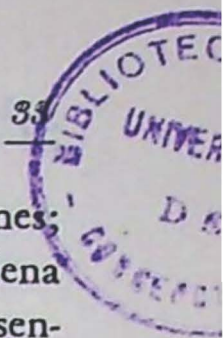
—Se llama Miguel —alcanzó a repetir y ahora sí las fuerzas la abandonaron. Se desplomó sobre el lecho, acezando siempre; pero ahora dormida.

Casi no hubo necesidad de administrarle más éter: el niño nació en ese instante. El médico lo recibió con firmeza entre sus manos y apenas si lo miró. De inmediato procedió a cortar el cordón umbilical y a ligar su extremo. Rosa, en su sueño, suspiró con plena satisfacción. La enfermera tomó el recién nacido por los pies y, dejándolo colgar, le aplicó dos o tres palmadas en el dorso. Un segundo de silencio y, muy lejano al comienzo, casi un crujido, y luego creciendo, abriéndose camino y recorriéndolo entero, se escuchó el llanto. De golpe, destruyó todo el orden, la precisión y el aislamiento, inundando la pieza de verdadera vida, como si alguien hubiese abierto las ventanas de la torre.

\* \* \*

La sala Santa Cecilia, donde permanecían las mujeres que ya habían dado a luz, era amplia, bastante sombría y de techo muy alto, como la nave de una iglesia abandonada. Los lechos, alineados en forma simétrica, constituían la única nota de color. En uno de ellos, el

Historia clínica



médico descubrió a Rosa. Estaba recostada sobre los almohadones; pero ahora su expresión era muy distinta: se le sabía existente, llena de vitalidad, positiva. El embarazo despierta en las mujeres una esencia extraña; al mismo tiempo que las desmaterializa, las devuelve a su virginidad primera y las torna invulnerables. Anula de sus miradas, de sus gestos, de la entonación misma de su voz todo elemento de atracción femenina y, sin por eso virilizarlas, les hace perder su sexo e ir a integrarse a una raza perfectamente distinta e individualizable, donde sólo la ternura alcanza expresión. Pero con la maternidad se restituyen a su condición y, ganando la ternura, vuelven a ser mujeres. Cuando Rosa le sonrió, él se sintió turbado y apenas si contestó el saludo.

Junto a ella, envuelto en chales, dormía el niño. Examinó a ambos. Y luego dijo:

—Todo está perfecto. En algunos días más podrás irte.

Rosa volvió a sonreír. Parecía muy contenta, otra persona comparándola con la que había conocido dos días antes.

—Pareces muy contenta.

—Sí.

—¡Qué bien! Eso quiere decir que muy pronto podrás levantarte.

—Ahora no tengo miedo —contestó ella sin escuchar lo que el médico decía.

—¿Miedo de qué?

—De todo. ¡Mírelo! —exclamó mostrándole el niño. Ha nacido.

—Claro que sí. Yo te lo había dicho.

—Sí, pero yo no creía que todo iba a ser tan sencillo.

—¿Por qué?

—Usted sabe por qué, doctorcito.

—Ayer —continuó después de un silencio— ayer hablaste de Miguel. No deseas que lo mande buscar.

Su rostro permaneció impasible; pero la mirada se hizo dura, casi hiriente.

—No conozco a ningún Miguel —dijo.



\* \* \*

En los hospitales, las mañanas transcurren rápidamente. Los médicos entran, salen, examinan, preguntan, recetan. Las enfermeras corren, los practicantes se apuran y ya es la hora del almuerzo. Entran los mozos empujando los carros y reparten la comida. Todo ello está preso en un cierto ritmo que salta, vibra y encuentra su término. Pero las tardes se prolongan en demasía. La luz tarda en morir afuera y las salas se van llenando lentamente de sombras. El tiempo ya casi no tiene significado, puesto que todos los relojes se han detenido hace ya muchos años y sólo se sabe de su pase por el relevo de las enfermeras o la llegada de la cena, sin precipitación ahora. Es entonces cuando las enfermas traban conocimiento y conversan. Hablan sin verdadero entusiasmo, sabiendo que nada las urge y, entre frase y frase, quedan grandes espacios de silencio que a veces llena el ruido del agua donde hierven las jeringas o el canto de alguien que pasa por el patio. Hablan de sus vidas, de cosas mínimas, de todo eso que está más allá de las puertas del hospital y que ahora ha perdido su importancia. Hablan impersonalmente de los hechos, de los objetos, de los seres con los cuales vivían hace sólo algunos días; los detallan con imparcialidad, como si nada las atara a ellos y pudiesen juzgarlos sin pasión o compromiso. Hablan, recuerdan y se sienten distantes, tremendamente protegidas. No obstante algo sucedió esa segunda tarde, puesto que a la mañana siguiente, al pasar visita, el médico encontró a Rosa transformada.

Se escondía bajo las sábanas, no contestó a su saludo, con desgano dejó que él la examinara y no lo miró ni una sola vez. El niño yacía siempre a su lado; pero abandonado.

—¿Qué te pasa, Rosa?

Pero no logró hacerla hablar. Llamó a la enfermera entonces y la interrogó; tampoco pudo sacar nada en limpio. No, no había notado nada anormal. No, nadie vino a visitarla. Sí, estaba amamantando y tenía bastante leche. No, no parecía sufrir, no se quejaba. Verdadera-

mente no comprendía lo que pudo haberle sucedido. La tarde anterior había estado muy alegre, la Visitadora Social vino a verla, conversaron y luego habló con su vecina. No, la de la izquierda, la cinco. El médico la miró; era una mujer no muy joven, gorda, comfortable. Ya había dado a luz siete niños y cada vez los acogía con una sonrisa.

—¿Y después?

—Después se durmió, doctor. O por lo menos no volvió a moverse durante toda la noche. Y hoy amaneció así.

Se encaminó a hablar con la Visitadora Social. De súbito se sintió muy comprometido en el asunto, mucho más de lo que se había imaginado. Hasta la Visitadora se sorprendió por la forma en que la interrogaba:

—¿De qué hablaron?

—Bueno, lo de siempre, doctor. Su situación, sus medios...

—¿Y qué sacó en limpio?

—Es una historia bastante común: madre soltera, sin parientes, trabajaba como empleada doméstica.

—¿Y el hombre?

—No quiere hablar de él. Dice que se las arreglará sola.

—Pero mientras conversaban sucedió algo que explique su conducta hoy día.

—¿Qué conducta?

—Bueno, no habla, parece desanimada. Ayer no estaba así.

—No, no lo estaba. Al contrario, me pareció muy alegre y llena de filosofía, si una puede llamar filosofía lo que esta gente tiene. Incluso me sorprendió que una muchacha tan joven tomara las cosas con tal naturalidad. Al fin y al cabo no todas tienen un chiquillo a los quince años.

—Muchas gracias, señorita Eugenia.

—De nada, doctor, cuando se le ofrezca.

Volvió a la sala Santa Cecilia. La muchacha se obstinaba en no hablar. La examinó por segunda vez y comprobó que todo estaba normal. Sin embargo, decidió dejarla hospitalizada algunos días más. La enfermera le hizo notar que se necesitaría la cama.

—No me parece atinado darle el alta —contestó—. Aquí sucede algo anormal.

—Un estado de ánimo, doctor. En la dirección no les va a gustar que no se desocupe la cama.

—Dígale que hablen conmigo.

Fué mientras examinaba la enferma de la cama cinco que sucedió algo que le impresionó. La mujer se caracterizaba por ser muy amable, casi demasiado. Y hoy día exageraba. Hablaba sin cesar, alabando su niño, agradeciendo los cuidados que había recibido:

—Los médicos son verdaderos santos. Siempre lo he dicho, y Juan también. Juan es mi marido, porque yo tengo un marido, doctor. Y es tan bueno, no sé lo que haría sin él. Bueno, por lo demás no sé lo que haría cualquier mujer con hijos y sin marido. . .

Tal vez fuera la insistencia con que repetía la palabra “marido” lo que lo sorprendió, o bien cualquier otro detalle que su sensibilidad a flor de piel absorbía, lo cierto es que creyó entrever ahí alguna clave. Aún más, cuando, al mirar a Rosa, vió que ésta daba vuelta la espalda y se estremecía, como tocada en lo vivo, cada vez que la otra mujer aludía al esposo.

\* \* \*

A veces ciertas imágenes siguen existiendo más allá de su propia vida. El eco que despiertan se prolonga mucho tiempo después de que el sonido ha muerto. Bajo su influjo, se graban, se niegan a desaparecer. Algo así sucedió a la mañana siguiente. Al entrar en la sala, el médico sorprendió la escena: de todas las camas surgían manos, una mano de cada cama, y se agitaban con blandura. El silencio era tenso, anormal, casi insoportable. Todo aquello duró un segundo, el tiempo que demoraron las enfermas en descubrir la presencia del médico. Al instante todas comenzaron a charlar, como niños sorprendidos en el momento que cometían una maldad.

Rosa persistía en esconderse bajo las sábanas. Apenas contestó a su saludo y cuando él repitió una y otra vez sus preguntas, accedió

mirarlo. Su expresión había cambiado por completo: era dura e infantil, llena de un sufrimiento que sólo la inocencia puede experimentar; la mirada que antes lo sorprendiera por su intensidad, se disolvía ahora tras las lágrimas que no rodaban por las mejillas, sino que permanecían al borde de los párpados, retenidas, terribles. Semejaba una adolescente envejecida colocada en un mundo que no comprende, obligada a entrar en él. En vez de luchar, reacciona con el silencio y la inmovilidad: se declara vencida y se entrega al dolor, sin oponer resistencia, con lo que otros llamarían valor, y espera consumirse en él.

El hombre no pudo soportarlo. Abandonó la sala, corrió hacia el corredor esperando encontrar allí la paz que antes siempre hallaba. Se detuvo. Esperó. Nada sucedía. Los sentimientos seguían arremolinándose en su cabeza, en su garganta, en la zona del corazón, como si alguien lo golpeara en el plexo y, desde ahí, la electricidad se hubiese distribuido hacia todas partes.

No sabía a quién dirigirse, a quién pedir ayuda. Decidió por fin ir a hablar con uno de los médicos que era su amigo. Terminó por encontrarlo en la pieza de los casilleros.

—No sé qué hacer... ¿Qué te parece? —terminó diciendo después de haberle contado toda la historia.

El amigo no parecía reaccionar. Durante el relato había abierto su casillero, se había sacado el delantal y lo había guardado con toda parsimonia. Ahora anudaba su corbata frente al espejo.

—¿Por qué no la mandas en interconsulta a Psiquiatría? —dijo por fin—. Es el mejor modo de librarse de esas locas. Y allá tienen una paciencia...

\* \* \*

El incidente de las manos volvió a asaltarlo una y otra vez durante aquel día y gran parte de la noche. De pronto la escena se precisaba ante él, adquiría nuevas entonaciones, descubría interpretacio-

nes insospechadas. Pero luego perdía su importancia, transformándose en un hecho trivial, una casualidad.

Era su noche de guardia y, como no podía dormir, bajó al patio. Hacía tiempo ya que la fuente no funcionaba y, así como ella y los relojes, muchas otras cosas iban muriendo en el hospital. Por lo tanto todo estaba silencioso. Pero al pasar frente a la sala Santa Cecilia creyó distinguir el ruido de voces. Se detuvo, puso atención. Poco a poco fué escuchando risas, risas ahogadas y muy lejanas. También percibió lo que parecía ser el llanto de alguien, mas éste era bastante intenso, muy artificial y semejaba intensificarse cada vez que se oían las risas. En ese momento apareció la enfermera y se detuvo asustada al descubrir al doctor espiando.

—Doctor...

—¿Usted está de turno?

—Sí, doctor. Salí hace un minuto para ir a buscar... una jeringa —mintió al mismo tiempo que trataba de esconder la manzana que alguna compañera le había regalado.

—¿Qué pasa ahí adentro?

—¿Dónde, doctor?

—En la sala.

—No sé. Cuando salí, todas estaban profundamente dormidas, salvo la oncé a quien le acababa de poner la inyección.

El doctor abrió de golpe las puertas. Había muy poca luz, pero como todas las enfermas llevaban camisas blancas, las siluetas se distinguían perfectamente. Así vió a la de la cama cinco, de pie en el centro de la sala, llorando en forma grotesca. Algo murmuraba también entre sus sollozos, algo que no alcanzó a comprender, porque la frase se interrumpió con su aparición. Todas las otras enfermas, incorporadas en sus lechos reían tratando de sofocar sus risas, las manos sobre la boca, contorsionándose como personajes de pesadillas; todas salvo una que, colocada tras la cama donde Rosa se hallaba, la sujetaba por los hombros, obligándola a contemplar. Fué sobre el rostro de la muchacha donde su mirada se detuvo por fin. Nunca olvidaría aquella expresión: las pupilas dilatadas por el terror, la respiración

corta y el cuerpo tenso, semejaba un animal atrapado entre el fuego y una pared.

—¿Qué significa esto? —gritó el médico y todo se interrumpió de pronto. Las mujeres se dejaron caer sobre sus lechos y se cubrieron con las sábanas. Pero la ocupante de la cama número cinco permanecía en el centro de la pieza sin saber qué hacer. Gorda y bulbosa, semejaba un títere al cual se le han cortado sus hilos. Por último sonrió y con voz zalamera dijo:

—Nada, doctorcito. Estaba entreteniendo a las niñas.

—¿Entreteniendo?

—Sí, bailando y haciendo comedias —y corrió a refugiarse en su cama.

Rosa fué la única que no se movió. Parecía haber perdido todas sus fuerzas y estaba ahí como un objeto inerte. El médico se acercó a ella y con toda dulzura preguntó:

—Rosa, ¿qué te pasa, Rosa?

Vió como lo que restaba de energía se acumulaba, subía hasta su garganta y, al borde de las lágrimas, impotente, gritaba:

—¡Déjeme tranquila! ¡Déjeme tranquila!

Se detuvo con la horrible sensación de no poder hacer nada.

\* \* \*

Ahora estaba ante un misterio. Lo desconocido incita en algunos el ansia de desentrañarlo; pero frustra a otros, los vence, les hace ver las limitaciones de su condición. El médico reaccionó violentamente. Llamó a la enfermera y volvió a interrogarla:

—¿Qué es lo que sucede en la sala Santa Cecilia?

—¿Se refiere a lo de anoche, doctor?

—A todo. Parece que se ha declarado ahí una verdadera epidemia de locura.

—El incidente de ayer noche, doctor, no es algo muy raro. A menudo cuando nos ausentamos, es decir cuando necesitamos una jeringa o un medicamento, los enfermos aprovechan para levantarse y

hacer diabluras. En los hospitales todos siempre se portan como niños.

—Pero ahora no se trata sólo de eso. Yo tuve la sensación de que estaban torturando, sí, torturando, es la palabra, a... a la enferma de la cama seis.

—¿A Rosa? ¡Es una muchacha tan rara!

—¿Por qué?

—No habla con nadie, pasa escondida entre las sábanas, no reacciona ante nada. No es extraño que las otras no la quieran. Y pensándolo bien, estoy segura que las otras no la quieren; más aún, parece haber un complot en contra suya.

—¿Un complot?

—Sí, varias veces lo he notado. Cuando se levanta para ir al baño todas la miran y se ríen. Varias veces me ha llamado la atención y luego lo de las manos...

—¿Qué manos?

—Bueno, tal vez sean ideas mías, doctor, pero me parece que le hacen burlas agitando las manos, quizás qué gesto obsceno. Estas gentes son tan poco educadas.

—Explíquese, cómo es eso de las manos.

—Bueno... no sé. A veces levantan las manos, no, una mano, casi siempre la izquierda, así, y la agitan... así...

—Lleven a Rosa a la pieza de examen.

La enfermera lo miró con sorpresa. Sin embargo, no agregó una sola palabra. Prefería obedecer, callar y pasar inadvertida: la falta de la noche anterior podría costarle su puesto.

Rosa traía a su hijo entre los brazos cuando entró en el consultorio. Parecía querer darle protección; pero sin ninguna ternura. Se sentó antes que él se lo hubiera ordenado.

La pieza no era muy grande, y como en ella todo estaba pintado de blanco, parecía muy poco acogedora. En un rincón, un mechero a gas lanzaba pequeñas detonaciones mientras la llama resistía a estabilizarse. Durante algunos segundos aquel fué el único ruido que se escuchó. Llenó el cuarto con una extraña sensación de tiempo parcelado y el médico al sentir la continuidad de las cosas divididas, medida

casi en esa forma, volvió a experimentar una gran nerviosidad, su mente se nubló y los buenos propósitos de razonar y encaminar el interrogatorio con método, desaparecieron.

—¿Qué te pasa, niña? —exclamó, como queriendo decir: “Esto no puede continuar. Habla, habla de una vez”—. ¿Por qué no me cuentas lo que te sucede? Tal vez pueda ayudarte.

—Nadie puede ayudarme —e instintivamente alzó hacia él su rostro endurecido. Cuando quiso bajar la vista, ya era demasiado tarde. Las miradas se habían encontrado y ahora, como antes, aquel fué el camino que descubrieron para comunicarse. El médico sintió el impacto y se mantuvo ahí, tembloroso, como al borde de un precipicio. Rosa debió experimentar otro tanto, porque algo en ella semejó quebrarse, o más bien derretirse, y el pulso recobró su antiguo ritmo. No es fácil encerrarse en la torre, no es fácil hacerse sordo a los ruidos del mundo, los que vienen de afuera; no es fácil escoger y persistir en la soledad. Siempre surgen llamados, golpes en las puertas y en las ventanas y, por último, siempre llega una persona. Entre los dos polos, salta la chispa: el puente está tendido. Del encuentro sólo puede nacer existencia, porque dos seres humanos no conocen otro oficio que el de crear vida.

—Quiere saber lo que me pasa —dijo Rosa después de un tiempo—. Se lo voy a contar.

Y así fué como él supo lo que sucedía. Al hablar, la muchacha utilizaba frases cortas, contenidas, secas, como sabiendo que todo era imposible, condenada en cierta forma. Su tono era inexpresivo; los rasgos, pétreos; la voz, incolora. El ruido del mechero interrumpía sus frases, las ordenaba, situándolas en el tiempo. Y esta fué la historia: una vez que despertó en su cama y vió al niño junto a ella, los antiguos temores desaparecieron. Estaba dichosa y aquellos largos meses de espera le parecían una larga pesadilla de la cual, por fin, había salido. No pensó sino en su niño. Se supo llena de vitalidad, pronta a luchar y, casi al instante, comenzó a planear todo lo que haría una vez que abandonara el hospital. Esa tarde, recordaba, vino la Visitadora Social a verla. Conversaron y ella le contó lo del hombre, no



quiso dar su nombre ni sus señas, dijo no saberlas. Le bastaba con su nueva fuerza para enfrentar al mundo. Cuando la Visitadora hubo partido, su vecina, la que ocupaba la cama número cinco, enhebró una conversación con ella y en pocos minutos estuvo enterada de su historia. ¿Por qué lo había hecho? No sabría explicarlo. La tarde era larga, todas charlaban y ella, más que nunca antes, quizás necesitaba sentirse cerca de alguien. Esa mujer le pareció cariñosa, blanda, maternal, y la confianza brotó espontánea. Pocas horas más tarde toda la sala estaba al corriente. De una y otra cama, se alzaban cabezas que la contemplaban con desprecio o burla, que le gritaban palabras obscenas, que la desafiaban. Fué entonces cuando comenzó el verdadero infierno. A partir de ese momento, se supo perdida... No, no quería volver a pensar en todo aquello, no quería recordarlo.

—Pero no debes dejarte impresionar por lo que un grupo de mujeres ociosas dice. No todos son así.

—¿Cómo lo sabe? Cuando recién empezaba a sentirme bien, con fuerzas...

—Yo quiero ayudarte.

—Usted —lo miró— Sí... tal vez... Pero usted, doctor, es uno solo; ellos son muchos.

No supo qué contestar. Por lo demás ella había reanudado su monólogo. Ello parecía aliviarla. Contó como, al principio, trató de mentir, diciendo que no había dicho antes la verdad, que tenía marido. Todas rieron. “Dile que venga para que lo veamos, muéstranos tu anillo, todas las casadas tienen anillo”. Y levantaban las manos haciendo brillar sus argollas... La voz se quebró. Y la antigua imagen se precisó ante él. Volvió a ver esas manos surgiendo entre las sábanas; comprendió ahora. Un largo sollozo reemplazó el curso de las palabras y el hombre, tal como lo había hecho algunos días antes, se acercó a ella y le palmoteó la espalda. La vida se repetía, caminaba en círculos.

—Vamos, Rosa... No llores.

—No tengo anillo, no tengo anillo, no tengo anillo —repetía.

—No tienes que dejarte impresionar por ello. Seguramente, en tu misma sala, hay muchas otras que no tienen anillo.

—No, todas son casadas, todas tienen maridos que las vienen a ver después de almuerzo, todas tienen anillo.

—Estoy seguro que, cuando salgas, encontrarás gente que te quiera, gente que...

Su frase permaneció inconclusa. Ella sonreía apenas, incrédula, con un gran cansancio y con cierta superioridad. Por lo menos él se sintió disminuído, como un apóstol en ciernes hablando ineficazmente de una bondad que no lograba explicar ni transmitir.

El mechero terminó por apagarse. Quedaron hundidos en un gran silencio, sin tiempo, sin realidad, en la nada. Para llenarlo, él concluyó:

—Mañana te puedes ir, Rosa. Te firmaré el alta mañana.

\* \* \*

Llenó las fichas meticulosamente, escribió las conclusiones con una lentitud extrema, destrozó dos carnets antes de quedar satisfecho, demoró todo este trabajo en forma exagerada. Por último, todo estuvo pronto y no le restó sino acercarse a la cama de Rosa para entregarle sus papeles.

La muchacha estaba sentada al borde del lecho, vestida, con el niño entre los brazos y un atado de ropa junto a ella. Sin mirarla, él le entregó el carnet, diciéndole:

—Esto es para cuando te vengas a controlar.

Dió media vuelta, pero se detuvo y, sin alzar su vista hacia ella todavía, dejó caer sobre la cama un paquete.

—Y eso es para ti.

—¿Para mí?

—Sí, ábrelo.

Así lo hizo. Contenía una argolla de oro. Durante un momento Rosa no respiró, mantuvo la cabeza baja, sintiéndose inundada por todo aquello. Como la enferma de la cama cinco espiaba, el médico se apresuró a agregar:

—Me lo entregó tu marido que te está esperando afuera.

Un murmullo recorrió toda la sala, saltando de lecho en lecho, interrumpido aquí y allá por alguna exclamación de estupor. Ahora sí Rosa lo miró, directamente en los ojos, con una mirada húmeda y llena de un infinito agradecimiento. Por un instante recuperó su antigua mirada, la mirada obscura en los ojos también oscuros, teñida ahora de ternura, de una gracia animal que lo estremeció.

—Hasta luego y buena suerte.

Ella no pudo contestar. Se irguió y quiso tomar el atado de ropa; pero la enfermera se interpuso:

—Deja, yo te ayudaré.

—No, no hace falta, señorita —dijo y luego alzó levemente la voz.— Mi esposo me está esperando afuera. Muchas gracias.

Y salió.